



PROLOGO

La microeconomía proporciona a quien la va paulatinamente conociendo una sensación de seguridad y tranquilidad que posibilita un goce, que podríamos llamarlo lógico-estético. En efecto, el instrumental analítico que descansa en las matemáticas, la geometría y la asepsia de sus principios, hace posible una perfección lógica en esta disciplina, que engaña al estudioso. No se debe olvidar —y en este libro he tratado de no cometer este error— que, hasta cierto punto, la microeconomía es un laboratorio en donde se ha limpiado y desinfectado previamente toda contaminación o perturbación que distorsione el experimento. Desgraciadamente para el estudioso son estas perturbaciones las que, precisamente nos importan, ya que provienen de la calle, o sea, del mundo real, que toda ciencia social, en definitiva, debe contemplar.

Por todo ello, este texto ha tratado descender del Olimpo de la ciencia pura al mundo vulgar de los mortales, para que el alumno entienda lo que, en definitiva, le interesa: una ciencia operativa. A veces esto es posible, otras veces no. Cuando no se puede aplicar un caso concreto, como es el de la competencia perfecta, por ejemplo, se advierte al lector que nos encontramos ante un pequeño ejercicio de ciencia-ficción, y de por qué es útil este ejercicio.

He creído conveniente enlazar la microeconomía con el mundo de la empresa. La disciplina, llamada como economía de la empresa, permite realizar esta conexión tan útil, por otra parte, a la misma ciencia económica. No siempre se ha podido realizar este ejercicio, debido a la naturaleza de los problemas tratados, como es la teoría del consumidor. Sin embargo, el resto de la microeconomía: teoría de la inversión, de la producción, de los costes e incluso de la distribución, se presta generosamente a ser tratado junto a la economía de la empresa. Los que conocen esta disciplina saben que poco juego de fantasía hay en ella, y así el lector sabrá comprender en la lectura de este libro la verdad relativa que hay en las proposiciones microeconómicas.

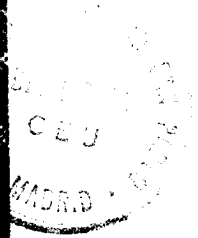
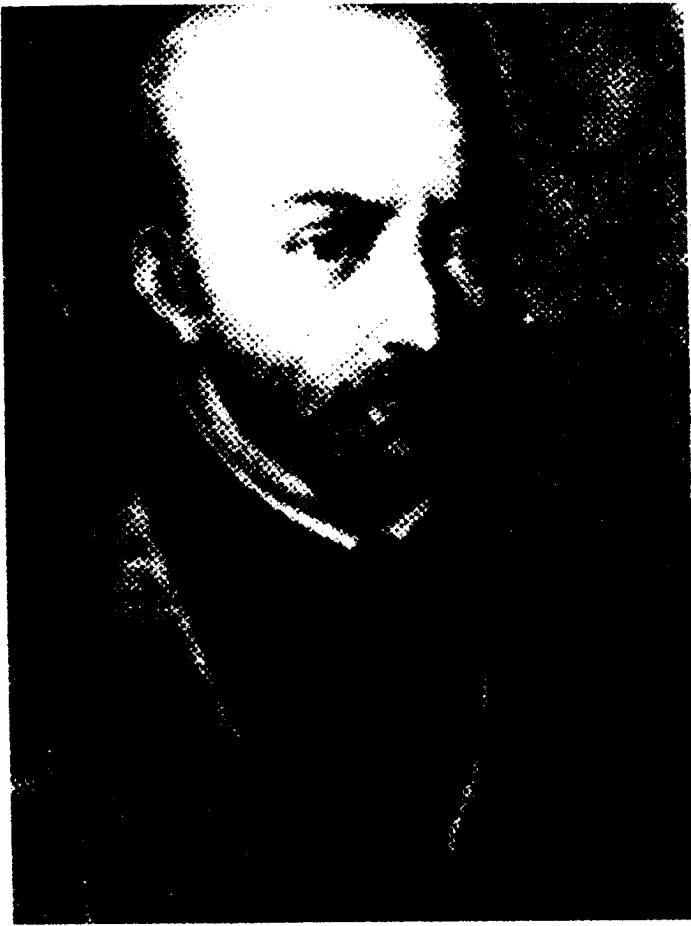
Se dice que la ciencia debe emanar de la observación del mundo real. En las ciencias sociales esta observación se realiza mediante el método estadístico. Entiendo que el estudio de la microeconomía, y sobre todo el capítulo dedicado a la producción y los costes, debe realizarse a través de la contabilidad, disciplina que reclama; por otra parte, si bien carece de la elegancia analítica de

microeconomía, tiene la virtud de pisar el suelo. Esto lo sabe cualquier economista que dirija una empresa. Evidentemente le valen mucho más la información del contable que la de los textos de microeconomía. Este es el motivo por el que he introducido ciertas ideas de contabilidad en el libro, que espero no sirvan de irritación a algún académico o científico.

La microeconomía se encuentra en la actualidad por unos derroteros que hacen difícil comprenderla en su totalidad. Los trabajos de Debreau, Arrow, Katutani, etc., la hacen muy difícil de entender, como no sea con una elevada dosis de abstracción y de preparación matemática. De esta microeconomía sofisticada se podría decir las palabras con que se inician alguna de las películas: «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia».

Si bien no entramos en los complejos temas de la microeconomía superior (cosa que, por otra parte, se encuentra fuera de la intención pedagógica que anima nuestro texto), sí, en cambio, tratamos una basta área, como son: la teoría de la demanda, de la producción, distribución, además de la economía de la empresa y algo de contabilidad de costes.

Se trata, en definitiva, de conectar al estudiante con el mundo de la realidad a través de la ciencia y no la ciencia con el mundo de la imaginación.



Luis de Molina pertenece a la saga de los teólogos y juristas españoles que, en la opinión autorizada del economista austriaco Shumpeter, fueron los fundadores de la economía científica. Tomás de Mercado, por ejemplo, estudia la relación entre el oro llegado de América y la subida de los precios ocurrida en España. Pero no se puede afirmar que Molina, Mercado o Azpilicueta, hallan realizado un estudio económico formal al estilo de nuestro tiempo.

Molina nació en Cuenca, en el año 1535 y murió en Madrid el año 1601. Fue profesor de teología en la ciudad de Evora, y de filosofía en Coimbra. Se retiró a Cuenca el año 1597, y fue llamado a la corte para enseñar moral. Su obra económica fundamental se encuentra en el año 1588, y se titula «Concordia Liberi Arbitrii cum Gratie Donis, Divina Prassciencia, Prividencia, Praedestinatione et Reprobatione». Su obra que más nos interesa es «De iustitia et lure» (Teoría del Justo Precio). En ella, y dándole un enfoque jurídico-moral, se aproxima a la teoría del valor, afirmando que éste depende de la utilidad del bien. Trata de diversos temas, ligado a las transacciones, como es el equivalente a otros bienes, a la información que de ellos se tiene, etc., que desembocan en la teoría microeconómica de mercado, y de lo que en él resulta: el justo precio.